



Tres series de ojos

Mark Nepo



Hay tres niveles simultáneos de verdad que se funden el uno en el otro. En el punto más superficial está la verdad factual, donde lo opuesto a la verdad es la falsedad. Esta es la piedra que cae al agua. Es cognoscible, observable, clara y fija a medida que se hunde. La onda que se expande en todas las direcciones es la verdad interpretativa, en la que la naturaleza de la verdad está en los ojos del observador. Este tipo de verdad se puede sentir pero no conocer, se puede observar pero es ambigua y está en un continuo fluir. La manera en que la onda impacta en cada uno crea una realidad única. El propio mar, ya sea el Universo o el dominio del Ser de Dios o la atmósfera del Tao, es la verdad abarcante, en la que lo opuesto a la verdad es lo parcial, en la que la verdad representa la totalidad y la falta de verdad es una limitación de la visión y de la experiencia. Este tipo de verdad es, al mismo tiempo, cognoscible e incognoscible, observable e inobservable, clara y ambigua, fija y fluida.

Consideremos, por ejemplo, a un ludópata que roba y empeña las joyas de su mujer y mente luego acerca de ello. Su mentira es claramente una ruptura de la verdad factual. Su mujer y sus amigos son conscientes de su condición. De hecho, juntan dinero para recuperar sus joyas. Y una noche, mientras él está fuera jugando, se reúnen y tratan de entenderle. Todos sus intentos de comprender su génesis psicológica son ejemplos de verdad interpretativa, que incluye las preguntas que se hace el jugador en su fuero interno cuando se halla apostando desesperada-

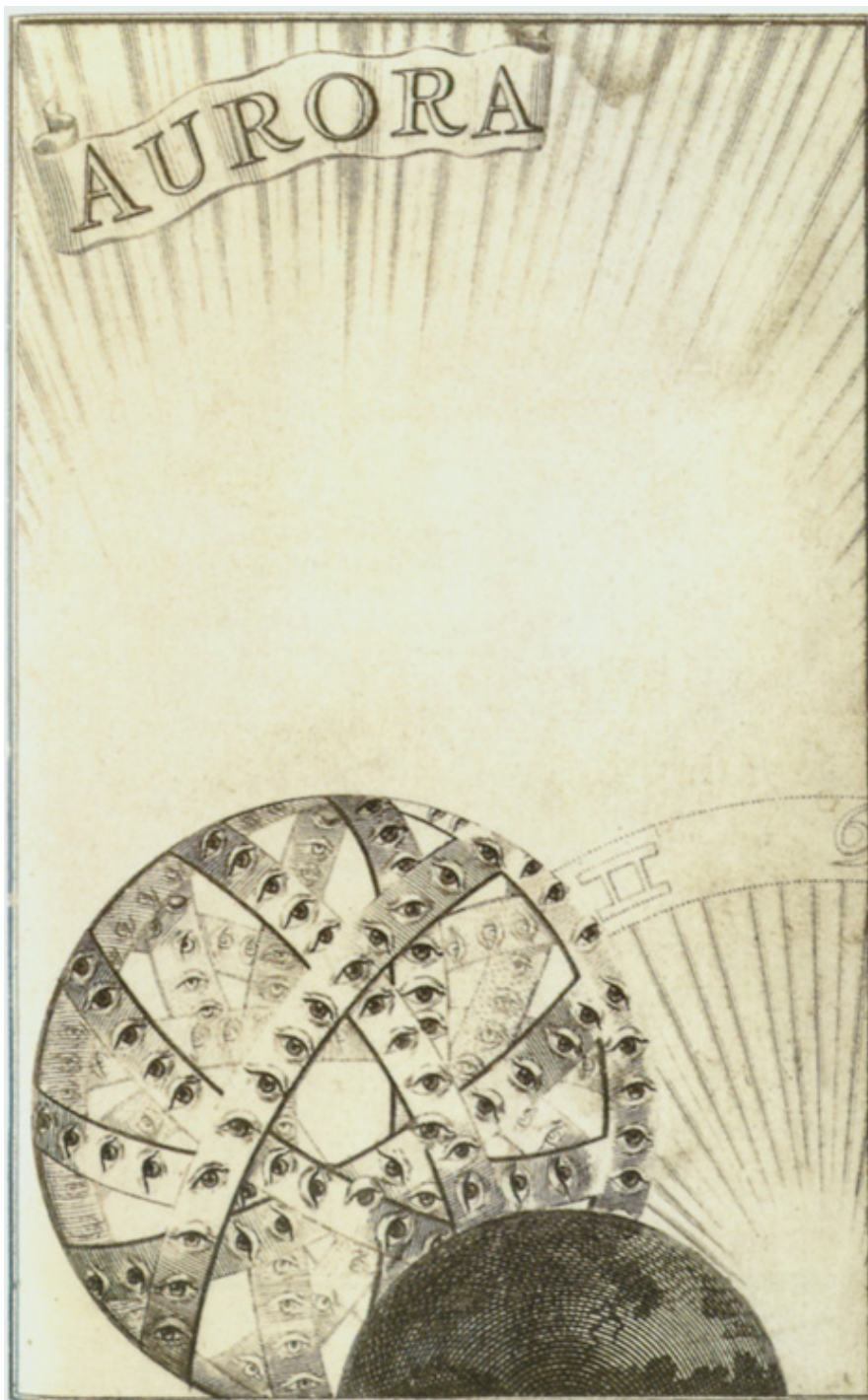
mente. Pero el hecho de que es un mentiroso es la verdad de su existencia y, como tal, su vida forma parte de una verdad más amplia y abarcante que no niega nada.

Parece que Walt Whitman, con 41 años, con la energía de una revelación, había despertado a la perspectiva de la verdad abarcante:

*Y yo, hombre incrédulo durante tanto tiempo,
que permanecí distante, negando elementos durante tanto tiempo,
soy consciente hoy solamente de la verdad compacta y difundida
por doquier,
y descubro hoy que no existe la mentira ni forma de mentir,
sino que todo es verdad, sin excepción.*

Hasta que nos sacude el asombro o la crisis, la mayor parte de nosotros niega el destino durante demasiado tiempo, manteniendo nuestro enfoque en la tarea que tenemos delante, sin profundizar lo suficiente para que esa tarea abra el universo y sin desapegarnos lo suficiente de ella como para abarcar el universo. Desde el punto de vista experiencial, cada nivel de verdad necesita una orientación diferente de la mente. La verdad factual es el paraíso del empírico. Las cosas son o no son. La verdad interpretativa es la bebida del filósofo, llena de un sinfín de manifestaciones, cada una de ellas satisfactoria en sí misma hasta cierto punto. Y la verdad abarcante es el fundamento del místico. Da forma a cada uno de sus pensamientos.





Jacob Boehme, Theosophische Werke, Amsterdam, 1682

Te persigue entonces, vayas donde vayas, una profunda y urgente sensación —de identificación con un acto de alcance y magnitud incomprensibles que, de alguna forma, tiene su foco en el centro de tu propia alma—; y que, en todas las situaciones de tu vida diaria, te hace secretas e insistentes demandas de aquiescencia y consentimiento... Esta verdad es tan tremenda que de

alguna forma es neutral. No se puede expresar. Es completamente personal. Y no tienes ningún deseo de hablar a nadie más... Ni siquiera las ocupaciones ni los trabajos absorbentes son capaces de interferir con ella en absoluto. Sigues notando a este Cómplice anónimo ardiendo en ti como un fuego profundo y pacífico. (Merton 1961, p. 162)

Y mientras esta es la lucha que espera a cualquier ser despierto a esto (la lucha por aceptar y acatar lo incomprensible una vez que se ha vislumbrado), los daños inflingidos al mundo han venido de los intentos burdos de tratar de forma empírica a la verdad abarcante o a la verdad interpretativa. Cuando se aplican a la verdad interpretativa el modo binario

de pensar propio de la verdad factual, obtenemos la mentalidad inflexible de lo correcto y lo erróneo. Este tratamiento incorrecto de la experiencia engendra el extremismo, el elitismo, el nacionalismo y el racismo. Y cuando se aplica a la verdad abarcante los instrumentos de la verdad factual, se obtiene la negación de Dios. Se llega al ateísmo y al rechazo de todo lo intangible. Se consigue el conservadurismo estricto de la ciencia del viejo mundo.

El poeta alemán Rilke ilustra nuestra lucha por experimentar lo incomprendible cuando escribe:

*Vivo mi vida en órbitas crecientes
que se mueven por encima de lo mundanal.
Tal vez jamás pueda alcanzar la última,
pero lo intentaré.*

Todos experimentamos el hecho, la interpretación y el batir del ser de Dios. Todos somos piedra, onda y mar. Sin embargo, nuestro destino, como seres limitados, es luchar entre la atracción de los diferentes aspectos. Estamos constantemente divididos entre la atracción en nosotros de aquello que se hunde, aquello que responde y aquello que acepta. Para la piedra, hundirse es una muerte. Para la onda, hundirse es un motivo para cambiar y continuar, sin embargo, igual. Para el mar, la piedra es un regalo. Cuando está atrapado en lo factual, todo conlleva el miedo a la muerte. Cuando está suelto en lo interpretativo, todo está en una continua danza. Cuando toca aquello en nosotros que es el mar, todo lo que entra es algo que debe ser totalmente abrazado.

Rilke concluye en el mismo poema:

*Estoy girando alrededor de Dios
y llevo girando desde hace mil años,
y todavía no sé si soy un balcón,
o una tormenta,
o una gran canción.*

En los momentos en que nuestra consciencia está más activa e integrada, giramos alrededor de Dios, rodeando al Cómplice oculto que arde pacíficamente en nuestro centro, y que si profundizamos lo suficiente ya

no es nuestro centro sino el eje de la misma vida. Cuando andamos girando en el reino de lo factual, somos un halcón, un ave de presa en busca de comida que simplemente se lanza hacia ella cuando la ve y sigue oteando cuando no la ve. Cuando andamos girando más allá de nuestra voluntad, nos convertimos en una tormenta, una fuerza temporal creada por los elementos que no tiene aparentemente objetivo ni recorrido excepto el de usar nuestra repentina energía hasta agotarla. Y cuando andamos girando durante bastante tiempo, cruzamos brevemente lo incomprendible que, como un mar invisible, lo acepta todo. Y volar de esta forma es ir sin alas. Volando de esta forma nos convertimos en canción, una canción sin autor, en la que el aire, la nota y la voz son uno.

Aunque intentemos vivir exclusivamente en un solo nivel de verdad, hemos nacido con tres series de ojos. La visión múltiple es, a veces, enloquecedora, hasta el punto de que algunas personas ciegan unos u otros de sus ojos, doloridos, para evitar la vida con visión despierta. Pero, como el yogui que cierra sus párpados y enfoca cada ojo hacia un tercer ojo en algún lugar del centro de su cabeza, hay una tensión que debe superarse como puente hacia lo incomprendible. Este es el trabajo del espíritu. Cuando lo incomprendible nos visita sin tensión, tenemos la bendición de la revelación.

Desgraciadamente, al haber nacido con tres series de ojos, no podemos evitar la tensión. Parece que es la obra para la que hemos nacido, la tensión de la integración: alinear hecho, interpretación y Universo como tres soles flotantes. Y sólo cuando se alinean se abre otra dimensión.

El maestro zen Kazuaki Tanahashi afirma que:

La persona que ha despertado es la que va más allá de las formas de pensar intelectuales o convencionales, y que experimenta directamente esta verdad universal. (Tanahashi 1985, p. 22)

Sólo cuando hecho e interpretación nos llegan desde los cimientos

de lo incomprendible, es cuando nos encaminamos hacia la paz. Cuando todo se basa en el sentido restringido de los hechos, el espíritu se encuentra demasiado encorsetado.

El otro día puse el cuenco de mi perra en su caseta porque iba a llover. Ella permaneció con nosotros dentro de casa. Al día siguiente cuando fui a sacarlo, se habían comido casi todo, y había trocitos desparramados alrededor del cuenco. Con mi serie de ojos más pequeña, me sentí invadido, allanado. Me arrodillé y toqué la comida que permanecía sin comer y el borde frío del cuenco y eché un vistazo dentro del pequeño y oscuro espacio del perro. Con mi serie de ojos más amplia, imaginé a un gato o a un mapache o a una zarigüeya saciando su hambre durante la noche. Empecé a plantearme preguntas: ¿era esto algo inofensivo o constituía un peligro potencial? ¿Debería pararlo de alguna forma, impedirlo, reforzar nuestra valla? Sentí el viento que soplaba en mi cuello al colarse en la perrera. Y por un breve instante, noté la presencia de mis ojos abarcantes, y entonces me eché a reír y dejé el cuenco, porque parecía correcto, un símbolo de mi vida, estar alimentando algo que no puedo ver.



Referencias

—Merton, T. 1961. *New Seeds of Contemplation*. Nueva York: New Directions.

—Rilke, M. A. 1981. *Selected Poems of Rainer Maria Rilke*. Traducidos por Robert Bly. Nueva York: Harper & Row.

—Tanahashi, Kazuaki. Traductor. 1985. *Moon in a Dewdrop: Writings of Zen Master Dogen*. San Francisco: North Point Press.

—Whitman, W. 1977. «All is Truth». En *The Portable Walt Whitman*. Editado por Mark Van Doren. Nueva York: Penguin Books.

